

juego! Siempre que un autor nos deje ver, bajo el héroe más ó menos despreciable que elija, al hombre, á la mujer, con sus sentimientos naturales, vigorosos, con sus penas y sus alegrías explicables, con su alma en que reconocemos algo de la nuestra, de la de los hombres y mujeres que nos rodean, el autor nos llevará por donde se le antoje: le pertenecemos. Pero si, como Méndez, nos presenta figuras nacidas en una fantasía que no se ha excitado sino á fuerza de cerebralismo, después del impulso de curiosidad vendrá infaliblemente el desvío y tedio. — Esto pasó con Cátulo Méndez. Tan activo, tan viejo verde, tan resuelto á vivir, estaba sobreviviéndose ya. Se hablaba de él por la privilegiada posición que ocupaba en la prensa parisense y en el bulevar: no porque ningún verdadero interés artístico suscitasen las obras que pudiese producir ó que producía.

¡Y cuenta que no hubo camino que no recorriese! Fué poeta, autor dramático, crítico, novelista, cuentista, periodista; inundó de prosa los folletones, de libros las prensas. Había nacido en 1843, en Burdeos, y su origen era hebreo portugués, por lo tanto, ibérico, y no diremos español por no despertar suspicacias legítimas en nuestros vecinos de allende las Extremaduras.

En los comienzos de la carrera literaria de Méndez encontramos la protección, la sombra y la influencia de un escritor á mi ver insigne, y que, para no ser borrado de la memoria de los historiadores literarios, tendríamos que falta de otros claros merecimientos, el de haber sido jefe de una escuela estética, la del arte por el arte, cuyos dogmas siempre hallarán creyentes y cuyas teorías formuló con precisión y fuego el escritor á que me refiero y en quien todos reconocerán á Teófilo Gautier. Imitador y discípulo del gran Teo, Méndez se casó con su hija, mujer notable por muchos estilos, y con la cual por lo visto no se llevó bien el entonces joven bordelés, puesto que acabó divorciándose de ella. Verdad es que lo mismo le sucedió con su segunda esposa: en estos momentos pleteaban para separarse. Cátulo Méndez tenía una cualidad aparentemente preciosa y en realidad funesta. Poseía hasta un grado increíble el don de asimilación, no para recoger en su santuario lo que luego cociese en su hornillo, sino como mera habilidad en reproducir estilos y formas: algo de lo que distingue á los japoneses y en general á los asiáticos. Su literatura—sea ó no castiza la palabra—estaba *truquée*. La destreza mataba la espontaneidad.

Méndez imitó, unos tras otros, á los más ilustres de su tiempo. Supo ser la sombra de Víctor Hugo, Gautier, Baudelaire, Enrique Heine, Teófilo Gautier, Flaubert... El resultado fué lógico. Ni una partícula de la inmortalidad de estos ilustres nombres le salvará del olvido.

Dos entusiasmos, dos predilecciones, rompen, sin embargo, el equilibrio de una naturaleza cuyo signo característico parece ser el más femenino, la sumisión. Méndez fué sinceramente fanático de Víctor Hugo y de Ricardo Wágner. Consuela encontrar este oasis de sinceridad y de individualismo en la vida de un hombre tan fácil en adaptarse á todo, con flexibilidad de cortesana.

Su campaña en pro de Wágner fué ilustrada y útil, y la realizó cuando en Francia se exteriorizaba la hostilidad hacia el semidiós, con manifestaciones de un *chavvinisme* de mal gusto. Nadie me gana en convicción patriótica, pero creo que existen unos cuantos nombres que sin dejar de pertenecer á su patria, pertenecen en primer término á toda la humanidad capaz de sentir la belleza. Profundamente alemán era Wágner: su genio le ha hecho universal. Por eso, no encontrándome dispuesta á simpatizar con Cátulo Méndez, y esto no desde *La Vierge d'Avila*, sino desde hace bastantes años, de lo cual hay testimonios en mis escritos, no puedo menos de aplaudir su campaña wagneriana, en la cual vino á darle la razón el tiempo. Más discutible—aunque siempre admirable—es su otro ídolo, Víctor Hugo. No queriendo entrar en la vida privada de Cátulo Méndez, ni recoger lo que no se han mordido la lengua para decir sus cofrades, hablaré sólo de sus obras, de su labor realmente enorme, desparramada en libros y periódicos.

Si afiliamos á Méndez en una escuela literaria, será la de los parnasianos, que procede directamente de Gautier. Hay en esta escuela un elemento de lo que podríamos llamar honradez estética: el esmero de la forma, el cuidado exquisito en la perfección de la rima. Los versos de Cátulo Méndez son impecables. Sin embargo, no se le pone al lado ni de Hugo, Vigny y Gautier, ni de Heredia, Leconte de Lisle y Baudelaire.

Entre las corrientes poéticas que siguió Cátulo Méndez, hay que contar la del renacimiento arcaico, que hoy empieza á percibirse entre los poetas jóve-

nes españoles y en Francia procede del romanticismo y de los parnasianos. Teodoro de Banville formuló las leyes de este renacimiento, y Méndez lo practicó estudiando á los poetas primitivos (imitándoles en baladas, rondeles, villanelas (serranillas, diríamos aquí) y otras formas de la antigua menestralía. Muchos tomos componen la obra poética de Méndez, de la cual puede decirse con justicia que encierra bellas páginas, pero de la cual habría que afirmar que obedeció á influencias múltiples y acaso nunca á esa pujante vehemencia del poeta lírico verdadero, que expresa su propio ser.

Si en la poesía lírica y aun en los «gritos del combate» patrióticos no logró Méndez destacar una personalidad indiscutible, menos afortunado fué todavía en el teatro. Ninguna de sus obras dramáticas ha impuesto al público su nombre, no diré como el de Dumas hijo ó Rostand, ni aun como el de Lavedán ó Francisco de Curel. Como toda la producción de Méndez, su teatro fué algo trabajado, pensado, literario, pero que carece de sello peculiar. Claro es que sus estrenos armaron ruido en París; que se comentaron á saciedad, como todo lo nuevo y de autor tan conocido; pero la impresión profunda que producen las obras fuertes no se grabó en la mente del espectador, ni se impuso á la crítica. No tan hábil como Sardou para el manejo de los muñecos escénicos y el oficio de la carpintería dramática; no tan poeta como un Rostand, le faltó siempre el consabido pelo, ó le sobró cuquería, intención, artificio. Era demasiado literato para Sardou y demasiado flexible é imitador para Rostand. La única vez que un drama de Cátulo Méndez pudo interesarnos aquí, donde el bulevar no influye tanto como parece, fué aquella en que se atrevió á Santa Teresa de Jesús. Los teresianos fervientes y sencillos se escandalizaron; y otros teresianos más duchos en batallas de letras, otros teresianos que habíamos seguido á Méndez sin ansiedad ninguna, pero con algo de curiosidad, dado lo típico y ejemplar del caso, nos limitamos á sentir un desprecio que toda la tolerancia del mundo no podría evitar. En efecto, el desprecio aquí tomaba forma crítica, y cuando son nuestras facultades críticas las que entran en juego, no hay manera de modificar el sentir que han determinado. No se trataba de que supusiésemos en Cátulo Méndez posibilidad de cierto orden de respetos á la figura de la Santa, pero teníamos derecho á exigir una delicada intuición histórica, una España real, y no de litografía en colores del año 1820, como fondo de las concepciones de la fantasía; y queríamos, al menos, una Santa Teresa—personaje tan claro, tan conocido, tan fácil de estudiar para el caso de escribir un drama—que no nos hiciese el efecto de cierto régulo celtíbero que acabamos de ver en la ópera *Hesperia*, recientemente estrenada en el Real, y que habla—me refiero al caudillo—de pintadas mariposas y rosas y rocío y no sé cuántas cosas más, muy bonitas para un madrigal de Meléndez Valdés... En fin, no quiero extenderme sobre *La Vierge d'Avila*, no sólo porque no cabe aquí, sino porque creo que la opinión ha hecho justicia, lo mismo que si la opinión fuese también teresiana...

Las novelas de Cátulo Méndez, aunque combinadas con todo el cuidado imaginable, á fin de captar la atención y quintaesenciar el erotismo, no han conseguido—satisfecha la curiosidad y reconocida la maestría del estilo, intensificado á lo Gautier—que su autor figure entre los novelistas grandes y provocadores de corrientes nuevas. Stendhal, autor sin estilo, estaba seguro de la inmortalidad, que no obtendrá Méndez con todas sus cinceladuras. Ni *El rey Virgen*, ni *Zo'Har*, ni *Mefistofela*, figuran en el estante donde campean *Madama Bovary*, *Salambó* y *Germinal*; ni aun en el que sustenta á *Mademoiselle de Maupin*, obra equívoca y licenciosa, pero fresca y espontánea en su creación. No basta buscar asuntos tan bíblicamente horribles como el de *Zo'Har*, no basta la perversión, no basta el talento al servicio de todo ello; no basta el arte, no basta nada, cuando falta una cualidad, un don, una potencia especial, que no se adquiere ni entregando el cerebro á las rritantes influencias de la actualidad en los centros parisenses, ni poniendo en prensa la imaginación para sorprender y apoderarse de los lectores.

¿Dónde reside este misterioso secreto de ser alguien? (Alguien en lo venidero, alguien para la posteridad.) ¿Dónde? ¿Acaso—lo enito como hipótesis solamente,—acaso en el carácter? ¿En la sinceridad, en la lealtad de la obra? ¿En el sueño de la inmortalidad, preferida al éxito inmediato?

No lo sé. Lo cierto es que Méndez, trabajador incansable como el abate Prevost, no deja una *Manón* que conserve su memoria.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por más que los noveleros, que no hay pocos fuera de la comedia de Rostand, pretendan rodear de aureola de misterio la muerte de Cátulo Méndez (Mendes es corrupción de un apellido español), el suceso ha sido sencillamente fortuito. Iba dormido; despierto de pronto, no calculó bien un movimiento que sin duda había realizado mil veces, y al saltar del tren cayó bajo sus ruedas. Que no se puede pensar en suicidio lo demuestra la posición del cuerpo. El suicida se coloca de otro modo. Léanse los suicidios novelescos del banquero en *L'Evangeliste*, de Daudet, y de Ana Karénine en la maravillosa obra de Tolstoy. Léanse, si las fuentes de la ficción no satisfacen, los sueltos de la prensa. Se verá la diferencia entre el que se tiende de propósito sobre los rieles y el que por casualidad es lanzado á la vía.

En cuanto á la hipótesis de que «una banda» ó gavilla de literatos se uniese para despachar á Méndez..., eso ya entra de lleno en los dominios del buen Sherlock Holmes, si no llega á los del simpático Rocambole. ¡Literatos en gavilla! No diré yo que, dada la retribución que las letras obtienen, sea el caso inverosímil; pero si llegasen los literatos á organizarse como diz que lo están los *apaches*, yo supongo que emprenderían algo más fructífero que la muerte de Méndez, que tenía muchos años y no tanta gloria que ofuscase á nadie.

Cátulo Méndez ha sido, en efecto, de esos artistas—no le regateemos el título—de quienes no es fácil decir á boca llena que han obtenido verdadera gloria y señalado con un rastro luminoso su paso por la tierra... Fáltóle, para lograrlo, un pelo... Quizás fuese más exacto asegurar que en vez de faltarle ese pelo, le sobraban las enmarañadas cabelleras de sus heroínas, monstruosas, antinaturales, fabricadas de alquimia y sin un soplo de humanidad. Ha sido Méndez acaso el ejemplar más característico de ese tipo literario que se ha producido tanto en Francia en estos últimos tiempos: el escritor con ingenio, con maña, con verdaderas aptitudes, poeta, estilista, que estra gones y disposiciones extraordinarias, trabajando, no para el arte—aunque afecte forma artística su producción,—sino para el público de un momento, y para un público especial, dañado y pervertido; y dentro de ese momento mismo, dirigiéndose á instintos bajos, que nadie confiesa; para un éxito obscuro, ambiguo, reprobado, ó, como dicen en Francia, *louche*; para una clase de inmoralidad fría, peculiar de los gastados, de los que ya, por no poder ser nada, no pueden ser ni inmorales. Tal es la suerte de los que en vez de despertarse pensando en sí mismos, en las formas de arte que sienten y aman, se despiertan (y acaso no han dormido) discurriendo de qué ignotas regiones traerán la pimienta y la mostaza que más sutilmente estimulen los paladares fatigados y botos.

Oyendo la admirable *Manón* que cantan la Storchio y Anselmi—una *Manón* que será imposible volver á escuchar en el Real si tiene otros intérpretes menos divinos,—pensaba yo en la novela del abate Prevost, en *Manón Lescaut* y en la literatura resbaladiza. Nadie podrá negar que sea escabrosa *Manón Lescaut*; y sin embargo, ¡qué fuente de emoción lírica, qué raudal de ternura existe en esa historia donde los personajes son mujeres de vida alegre y caballeros de industria, que hacen trampas en el

Los verificados Estado encuen setenta por el varios acogid que se talles (rito), pues los en vamer la pen tistic nera, añadi nados rios, y La L. El cia, y aunqu idea c rara v «pier los gr un T: ral pe volen á que ó me fué e los e Núñe Colo del a rienc ment del s empi gunt otros glate tenei curri tudie cas, aque otro: nnes extra que no e radc ni n y la poe: I. algo es q que per mo. suy. obs put que ma: iba: